

Nuevos partidos políticos: un análisis comparativo de su comportamiento en las ciudades de Medellín y Bogotá (1991-2011)

Autor: Juan Carlos Escobar Escobar

Introducción

A lo largo de las dos décadas pasadas los colombianos asistimos una y otra vez a la anunciada defunción de los partidos políticos a expensas de los llamados independientes, de los “nuevos”, de las terceras fuerzas o de lo que la Registraduría denominó como “otras opciones”. Las reformas institucionales de la década de los ochenta y principios de los noventa, la incursión en el escenario político de un partido de izquierda como la Unión Patriótica y la retórica de la democracia participativa que intentaba instalarse, generaron esa sensación de que algo empezaba a cambiar. Más adelante, el entusiasmo que produjeron los resultados de la Alianza Democrática M-19 en las elecciones para conformar la Asamblea Nacional Constituyente en 1990 y en las elecciones parlamentarias de 1991 hizo pensar a algunos que estábamos ante el quiebre definitivo del sistema político tradicional o por lo menos ante la reorganización del sistema de partidos que implicaba la muerte del bipartidismo. Incluso uno de los objetivos explícitos de la Constituyente era el fortalecimiento de los partidos y la ampliación del abanico de posibilidades político electorales, y con ello quizás, la reconfiguración del sistema de partidos.

Como se sabe, el cambio político y la reorganización del sistema de partidos debieron esperar unas décadas más para concretarse. Las elecciones parlamentarias de 1994 trajeron consigo el reposicionamiento del bipartidismo y la postergación, una vez más, de la consolidación de una tercera fuerza política que amenazara la permanencia del bipartidismo colombiano. En este como en otros casos el marco y el discurso constitucional fueron instrumentalizados por los actores tradicionales que aprendieron más rápido que el resto las reglas para reposicionarse en el espectro político. Adicionalmente, la criminalización de la política, que implicó el exterminio de la Unión Patriótica y de líderes de

otros grupos políticos de izquierda, contribuyó a que el entramado político siguiera siendo dominado por los partidos tradicionales.

La postergación del quiebre del bipartidismo en el ámbito nacional no fue sin embargo obstáculo para que el discurso de los “independientes”, de los sin partido y en algunos casos de los “anti- partido”, se extendiera por el país y se instalara especialmente en las grandes ciudades. Todo esto pasaba mientras en algunos países del vecindario se experimentaban, en unos casos incluso desde los años ochenta, procesos de cambio político agenciados por políticos y movimientos que no guardaban relación con los actores tradicionales de la política.

El propósito de esta ponencia es examinar los procesos de cambio político en las ciudades de Bogotá y Medellín a partir de la revisión de la bibliografía existente sobre el tema teniendo en cuenta el contexto nacional en el que se enmarca el problema. Para ello, el texto está dividido en tres partes: en la primera, se explicitan algunos elementos teóricos a los que se hará referencia a lo largo del texto; en la segunda, se hace un breve acercamiento a lo que ha pasado en Colombia siguiendo algunos trabajos que han abordado para este país el tema de la reconfiguración del sistema de partidos y, de forma subsidiaria, de la aparición de nuevos partidos y políticos. En la tercera parte, se abordan los casos concretos de Medellín y Bogotá para ejemplificar la forma en que estos escenarios, de formas distintas, presenciaron la aparición de nuevos partidos y políticos que confrontaron el sistema de partidos tradicional.

1. PARTIDOS ANTI-SISTEMA, OUTSIDERS Y NUEVOS PARTIDOS

Desde hace varias décadas se han vuelto recurrentes en el lenguaje de la política y de la Ciencia Política términos como declive, desafección o malestar con la política y sus actores. En particular, con el tema de los partidos políticos se pueden identificar, al menos, dos formas de acercarse al fenómeno referido.

Un primer grupo se ha preocupado más por las actitudes de los ciudadanos hacia los partidos, sin tocar mucho el asunto del declive en el apoyo público de

los partidos y dirigen su mirada a cuestiones como la evolución de la identificación partidista, la participación electoral, entre otros. Tratados desde el tema del antipartidismo (Gidengil et al, 2001) o los sentimientos antipartidistas (Torcal et al, 2007), estos trabajos asumen que el “sentimiento antipartidista forma parte de una crítica generalizada a otras instituciones democráticas, entre las que se incluirían el parlamento y en términos más generales las élites políticas o los políticos” (Torcal et al, 2007: 246). Sin embargo, el centro de su trabajo se dirige a lo que sienten los ciudadanos por los partidos y a las actitudes de reacción o pasividad que este sentimiento genera.

Otro grupo concentra su análisis tanto en las estructuras organizativas, las funciones y los miembros de los partidos, como en sus actuaciones en el gobierno y en las instituciones representativas. En tal sentido, se han formulado cinco grupos de críticas. Primero, se argumenta que los partidos no reflejan las divisiones más importantes de la sociedad y que incluso tienden a ocultarlas al utilizar estratégicamente discursos generales sobre problemas que pueden interesar a una amplia gama de electores; segundo, estas organizaciones son desbordadas por problemáticas como el medio ambiente, las discusiones sobre género o la multiculturalidad, asuntos cruciales en la sociedad actual; tercero, se resalta la ausencia de propuestas programáticas de los partidos, carencia que es suplida por medio de estrategias publicitarias en las que lo fundamental es la imagen de los candidatos, lo que acentúa las tendencias al “personalismo”. Cuarto, se juzga que los partidos políticos no poseen una organización democrática y que más bien sus estructuras se caracterizan por su verticalidad y la escasa participación de las bases. Por último, se indica que los partidos hoy cumplen más la tarea de ser voceros del Estado frente a la sociedad civil, que de representar los intereses de ésta ante aquél.

El efecto de estos niveles crecientes de malestar con los partidos y con los políticos ha sido el surgimiento de diversos discursos alrededor de los cuales se articulan propuestas políticas, electorales y de gobierno, que intentan capitalizar el malestar y promover nuevos modos de hacer política, en los que el candidato presenta como su mejor característica el estar contra, por fuera o más allá de los partidos y la clase política tradicionales.

Es en el marco de ese malestar generalizado con los políticos y los partidos que se presenta la aparición de partidos y políticos nuevos, oponiéndose y criticando las formas tradicionales de la política. Estos fenómenos han sido llamados en la literatura politológica de distintas formas: partidos anti-sistema, outsiders, nuevos partidos, entre otros, como un fenómeno que se registra en las democracias occidentales.

El concepto de “partido-antisistema” pretendía brindar una solución parcial a algunos problemas analíticos de las formas de oposición, enfocándose no solo en la ideología de los partidos, sino en su éxito para socavar la legitimidad del régimen al cual se opone en su “impacto deslegitimador” (Sartori, 1976: 132-3).

El partido anti-sistema es concebido por autores como Michael Keren (2000) como un partido que habla en nombre de un imaginario en lugar de la sociedad civil real. Esta distinción (partidos enraizados en imaginarios versus la sociedad civil real) se basa en gran parte en la noción de “comunidades imaginadas” de Benedict Anderson y provee, según Keren, alternativas a algunos de los problemas previamente asociados con la categoría anti-sistema (Keren, 2000: 109)

El intento del autor es interesante en la medida que busca una definición “positiva” del partido “anti-sistema” como un partido que procura un estándar de perfección derivado de su compromiso con un imaginario en lugar de la sociedad civil real.

Otro término bastante recurrente para aludir a la situación descrita es el de outsider. Algunos autores acuden a la dicotomía outsider-insider para explicar el fenómeno (Barr, 2010: 32)

Desde esta distinción casi etimológica, el status de outsider depende estrictamente de la ubicación en el sistema de partidos, no de la retórica ni de la estrategia. Otros autores insisten en el discurso condenatorio de la política y

los políticos que introduce el outsider, señalándolos como la causa de los males de las democracias representativas (Lynch, 1999).

Esta ponencia se centra en los nuevos actores de la política, pero no solo en los políticos nuevos sino en los partidos que así se denominan. Las dificultades para establecer cuando un partido es realmente nuevo no son pocas. A juicio de Barnea & Rahat (2010), el desafío se puede encontrar usando una de tres aproximaciones: asumir la novedad con reservas; definir lo nuevo por el origen del partido; y aplicar una definición basada en un umbral

En este caso, los autores definen a los nuevos partidos teniendo en cuenta un umbral a partir del cual un partido nuevo puede ser considerado como tal:

“Así sugerimos un umbral para nuevos partidos, un estándar que debe satisfacer un partido para ser considerado como nuevo, basado en estos dos criterios. Primero, el partido debe tener una nueva marca/nombre (explícitamente identificándose a sí mismo como nuevo en la competencia electoral); y segundo, no más de la mitad de sus candidatos en la lista pueden ser originarios de un partido viejo” (Barnea & Rahat, 2010: 310. 'Out with the old, in with the "new": What constitutes a new party? Traducción propia)

Una definición como estas ofrece un criterio numérico y pone como condición igualmente el asunto del marbete nuevo como criterio diferenciador. Sin embargo, descuida asuntos importantes, de tipo ideológico y programático, que deben ser considerados en la definición y caracterización de los nuevos partidos.

Marco analítico para la medición de ‘novedades’ de un partido

Aspecto del partido	Criterio	Definición operacional
Partido en el electorado	Nombre del partido	Es el nombre realmente nuevo o contiene el de uno ‘viejo’?
	Ideología	¿Qué tan diferente es la plataforma del nuevo partido con respecto a las anteriores?
	Votantes	¿Qué tan diferente es la base electoral del nuevo partido con respecto a las anteriores?
Partido-como-organización	Estatus legal	¿Está registrado el partido como nuevo?
	Instituciones	¿Las instituciones del partido fueron separadas y diferenciadas de aquellas de los ‘viejos’ partidos?
	Activistas	¿El partido nuevo tiene nuevos activistas o inmigraron a él desde los viejos?
Partido en gobierno	Representantes provino de un	¿Son nuevos los candidatos (no titulares)? ¿La mayoría solo partido?
	Políticas	¿Qué tan diferentes son las nuevas políticas del partido con respecto a las anteriores?

Fuente: Barnea and Gideon, 2010, p. 3

Cuestiones como el nuevo marbete, las bases electorales de los nuevos partidos, la plataforma programática, los miembros del partido y otros elementos que sugieren los autores, ayudan a una caracterización y tipología de los nuevos partidos en el esfuerzo por definirlos y diferenciarlos de los ya establecidos.

2. ALGUNAS NOTAS SOBRE LO QUE HA PASADO COLOMBIA.

En Colombia los trabajos sobre terceras fuerzas, otras opciones, nuevos partidos, cambio político y temas similares, se han encontrado con la dificultad para clasificar a los nuevos políticos colombianos como outsiders, anti-sistema o anti-políticos. Esa dificultad ha estado basada en que, efectivamente, los nuevos políticos colombianos que han incursionado y ocupado el poder local (o pugnado por el nacional) suelen ser menos radicales que sus homólogos de los países vecinos. Sin embargo, alguna literatura se ha encargado de estos políticos y partidos emergentes, generalmente como un tema subsidiario de estudios sobre el sistema de partidos y el sistema electoral colombiano.

En ese sentido, un grupo de trabajos se ha centrado especialmente en las transformaciones del sistema de partidos en el nivel nacional. De acuerdo con algunos estudios, Colombia se había caracterizado por tener un sistema de partidos con importantes niveles de institucionalización.

En un reconocido trabajo sobre sistemas de partidos en América Latina, Mainwaring y Scully (1995) concluían que el sistema de partidos de Colombia estaba institucionalizado, sobre la base de cuatro criterios que produjeron un puntaje agregado de 10.5 puntos de un total posible de 12.0. Los sistemas de partidos institucionalizados son aquellos que presentan cuatro características principales: 1. Patrones estables de competición al interior del partido 2. Que los partidos estén fuertemente arraigados en la sociedad. 3. Los votantes ven a los partidos y las elecciones como legítimos, y los partidos son necesarios e incluso instituciones deseables. 4. Finalmente, que los partidos estén bien organizados y no están subordinados a un líder o a un pequeño grupo. (Mainwaring y Scully, 1995)

Uno de los aspectos importantes que algunos han subrayado en este tipo de análisis se refiere a que en sistemas de partidos institucionalizados, raramente se observan candidatos independientes exitosos, particularmente los llamados *outsiders* que, fueron importantes en países como Perú y Ecuador.

(Boudon, Lawrence 2000 Party system desinstitutionalization. The 1997-98. Colombian Elections in Historical Perspectives)

Pese a ello, el mismo Boudon, acudiendo a otras variables, sugiere que Colombia, desde 1989 ha venido experimentando el tipo de crisis sistémicas necesarias para la emergencia de nuevos partidos y la consecuente transformación del sistema de partidos¹.

¹ De acuerdo con el mismo autor, es importante señalar que ya en 1974 la Alianza Nacional Popular (ANAPO) obtuvo el 10% de curules en la Cámara de representantes, cuatro años después de que su candidato presidencial, Gustavo Rojas Pinilla, casi llegará al poder ejecutivo del país, representando este un antecedente breve pero importante en la reconfiguración del sistema de partidos (Boudon, 2000: 37)

Colombia ha estado asediada por la violencia desde cuatro frentes: guerrillas de izquierda, grupos paramilitares de ala derecha, traficantes de drogas y las fuerzas de seguridad del país. Un colapso parcial del estado que ocurrió a finales de la década de 1980 fue sólo rectificado en parte por la nueva constitución de 1991. Desde entonces, la guerrilla y los paramilitares han intensificado sus ataques con la menor interferencia del gobierno. La mayoría de las estimaciones sugieren que la guerrilla controla cerca del 40% del territorio de Colombia. Mientras tanto, la históricamente sólida economía colombiana ha entrado en una prolongada recesión, aumentando las percepciones populares de que el país está en modo de crisis. (Boudon, 2000: 33)

En una línea similar se enmarcaron los trabajos de Francisco Leal Buitrago (1990 y 1988) que aluden a una crisis estructural y a un punto de no retorno en el que el bipartidismo no parecía tener otra suerte que su sustitución. La sensación de estar “al filo del caos” acompañó parte de la literatura con la que terminaron los años ochenta y empezó la década siguiente.

A pesar de estas consideraciones, el sistema de partidos en buena medida se mantuvo hasta la década de los noventa y los análisis sobre el sistema y los partidos mismos referidos a esta década se dividieron entre aquellos que esgrimían la hipótesis de los partidos en crisis (fragmentados y deteriorados) y los que, por el contrario, sustentaron la idea de los partidos en auge basados en los importantes resultados electorales de los partidos tradicionales (Dávila y Botero, 2002).

La primera década del siglo XXI presenció de manera definitiva lo que se anunciaba tímidamente décadas atrás. Algunos trabajos explican porque desde 2002 (y no antes) estamos asistiendo a un reordenamiento del sistema de partidos y al final del bipartidismo (Gutiérrez, 2006 y 2007). Los cambios en la cultura política y en el modelo económico, entre otros, que venían teniendo lugar desde unos años atrás, la llegada al primer cargo del ejecutivo nacional de un candidato que no portaba el marbete rojo o azul y los nuevos diseños institucionales hicieron posible el deshielo del sistema de partidos y la configuración de tres bloques políticos: los tradicionales (liberales y conservadores), los transicionales (tradicionales que se presentan como nuevos, hasta ahora los grandes ganadores) y los nuevos pura sangre que ganaron posiciones en los ejecutivos locales. Los eventos electorales

nacionales más recientes (2006 y 2010) han corroborado que el bipartidismo (al menos el liberal-conservador que conocimos) ya no existe y que los partidos tradicionales obtienen un pedazo más pequeño de la distribución del poder político electoral del que estuvieron acostumbrados.

Como decíamos en la introducción, los cambios en el nivel local se experimentaron de manera más temprana, aunque también de forma desigual como se verá en el siguiente apartado. Y dejaron ver la aparición, inicialmente en ese nivel, de personajes que venían de sectores distintos a la política tradicional, especialmente de la academia.

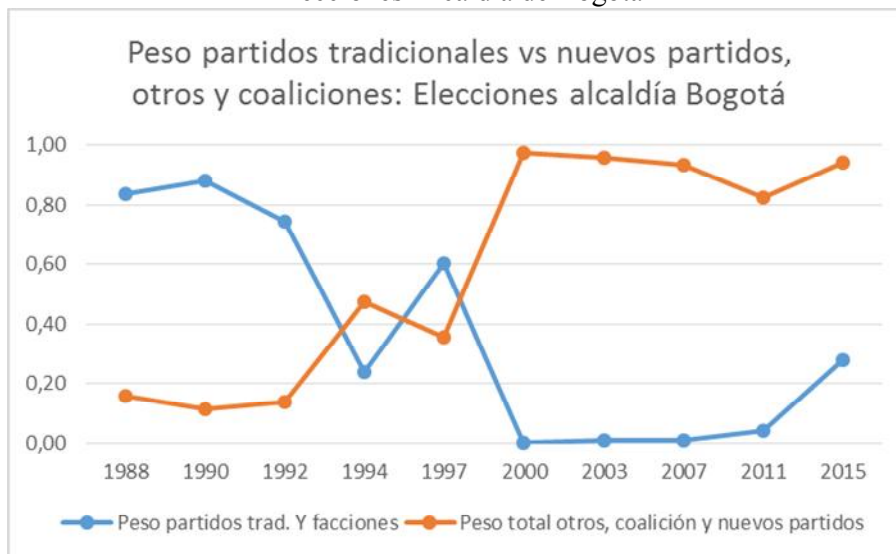
3. PROCESOS DE CAMBIO POLÍTICO EN BOGOTÁ Y MEDELLÍN.

Una mirada a los estudios sobre las ciudades de Medellín y Bogotá deja ver efectivamente cambios importantes aunque, por supuesto, las generalizaciones son allí menos posibles.

3.1 Cambios en la política local.

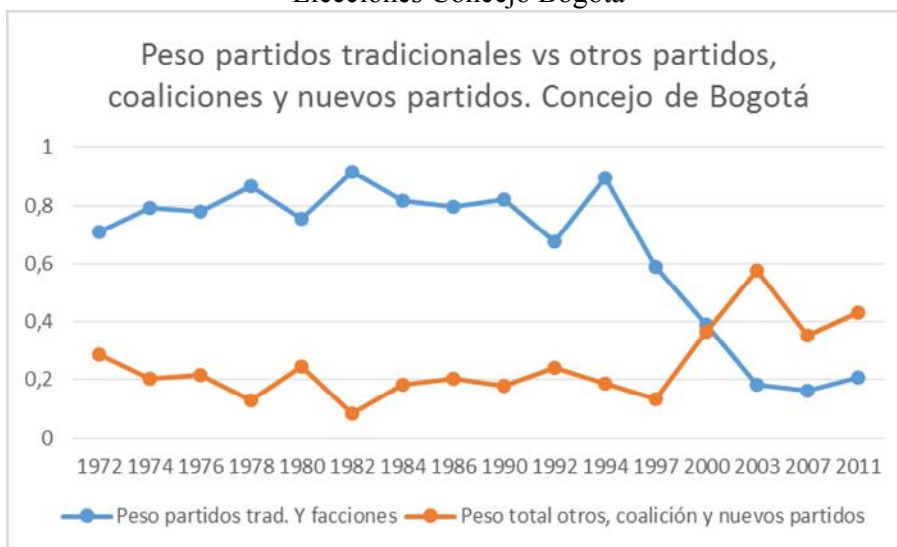
Para el caso de Bogotá desde los primeros años de la década del noventa se advierten algunas tendencias de cambio importantes en el sistema de partidos y en la política local. En efecto, aunque todavía no se habla de un quiebre definitivo del sistema de partidos, se enuncian los indicios que condujeron al mismo analizando tres hipótesis que sintetizan ese momento de transición: las preferencias electorales no eran para entonces consistentes ni siquiera en el nivel local, los partidos tradicionales todavía eran fuertes (sobre todo el Liberal) pero experimentaban “fatiga de material”, y existía una desagregación parcial del bipartidismo (sobre todo en clases medias y altas) que favoreció la importante aparición del voto crítico/cívico (Gutiérrez, 1995)

Gráficas de peso Elecciones Alcaldía de Bogotá



En una línea muy similar y profundizando una de las hipótesis señaladas, Miguel García (García, 2002) sugiere, que en Bogotá desde mediados de los años noventa, aparece una suerte de sistemas de partidos paralelos, que funcionan de forma diferente en los distintos eventos electorales locales. Esta hipótesis es apoyada con la idea de que el sistema de partidos bogotano estaba experimentando un proceso de disinstitutionalización. Esto se nota, dice García, en aspectos como la variación del Número Efectivo de Partidos (NEP), los altos niveles de volatilidad electoral, el personalismo alarmante del ejercicio político y la pérdida de identidades partidistas.

Gráficas de peso Elecciones Concejo Bogotá



La idea más o menos generalizada, fundamentada por supuesto en los estudios revisados y en la percepción de operadores políticos específicos (Guzmán, 2005) es que la década del noventa representa un antes y un después en la política y en el sistema político de esta ciudad. Seguramente con las características y las particularidades de cada evento electoral (no es lo mismo votar por alcalde que por concejal) pero siempre con la existencia de movimientos y políticos con bases electorales estables que hicieron imposible, hasta hoy incluso, el retorno de un partido político con marbete tradicional a la alcaldía.

Algunas críticas ha suscitado este tipo de interpretaciones. Pese a la evidencia según la cual los candidatos a la alcaldía propuestos por los partidos liberal y conservador en los últimos años no han logrado quedar en los dos primeros lugares de preferencia de los electores bogotanos, se ha advertido que la persistencia de la inercia ancestral del bipartidismo en Bogotá no debe ser menospreciada:

Es más, una estrategia política que ha parecido generalizarse entre los candidatos para obtener la alcaldía es desvincular su nombre de las filas oficialistas tradicionales. Pero es allí donde se puede evidenciar la persistencia

de la lógica bipartidista, ya que ha logrado adaptar su rostro de viejo cuño a las nuevas realidades políticas. Así, varios de los candidatos que se presentan como independientes, en realidad no lo son, ya que guardan vínculos estrechos con los partidos tradicionales, o más aún, les deben a ellos sus primeras incursiones en las riesgosas arenas de la vida política.

(Barreto Rozo, Antonio (2010). El voto de opinión en Bogotá: una mirada crítica)

Lo que esta crítica no advierte o no diferencia claramente es que, si bien hay una dificultad para precisar los verdaderos “independientes” de aquellos que no lo son (lo que con el tiempo fue incluso más sencillo y posible), esto no guarda relación directa con la persistencia de la lógica bipartidista ni con la posibilidad, por esa vía, del retorno de esquema bipartidista al gobierno de la ciudad capital con el argumento de las oleadas cíclicas (Barreto, 2010: 76) que pudieron ser importantes en los noventa (Gutiérrez, 1995)

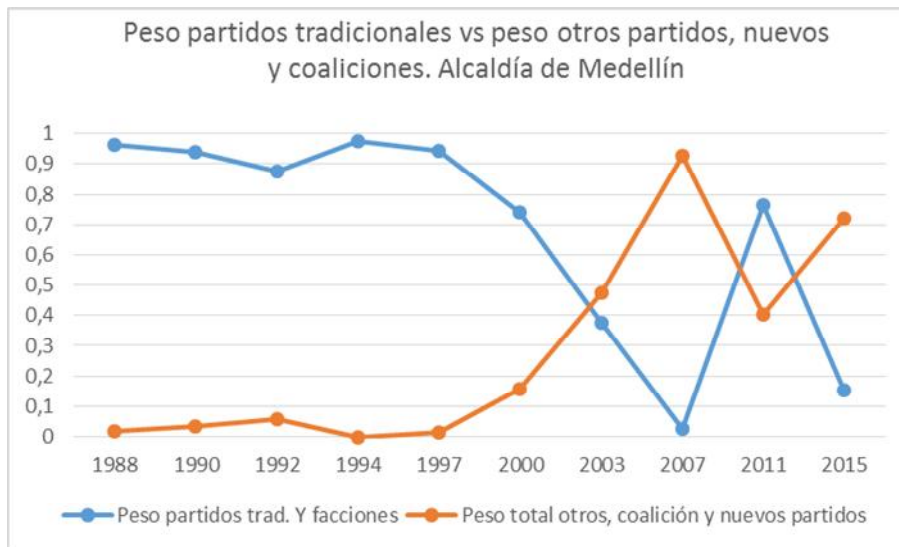
Las lógicas tradicionales pueden estar presentes, y de hecho lo siguen estando en la política de la ciudad, pero el retorno de los partidos y del esquema bipartidista al poder parece impensable en el corto y mediano plazo.

El caso de Medellín difiere en algunos aspectos importantes del bogotano. Sobre el sistema de partidos tradicional y sus transformaciones pueden leerse dos perspectivas de análisis.

Alex Reina (2008), autor de una de las más recientes investigaciones, ha enfocado su atención en la dinámica político-electoral de la ciudad de Medellín. El autor centra su análisis en Compromiso Ciudadano, movimiento que ha hecho presencia en la ciudad de Medellín desde la contienda electoral del año 2000 y ocupó el primer cargo municipal en 2003-2007 y 2008-2011, rompiendo así con el marcado bipartidismo existente en la ciudad. En cuanto a la victoria obtenida por Sergio Fajardo en el año 2003, catalogada como un golpe de opinión generado principalmente por el cansancio hacia el bipartidismo, el autor detalla una consistencia electoral en algunas zonas de la ciudad del movimiento Compromiso Ciudadano desde su surgimiento en las contiendas electorales en el año 2000 con nichos de votación específicos.

La investigación de Reina se presenta como un interesante ejercicio en donde se analiza la ruptura del bipartidismo en la ciudad de Medellín en las contiendas electorales para la alcaldía, empleando como elementos de argumentación y demostración índices socio-económicos y la evolución del comportamiento electoral en la ciudad.

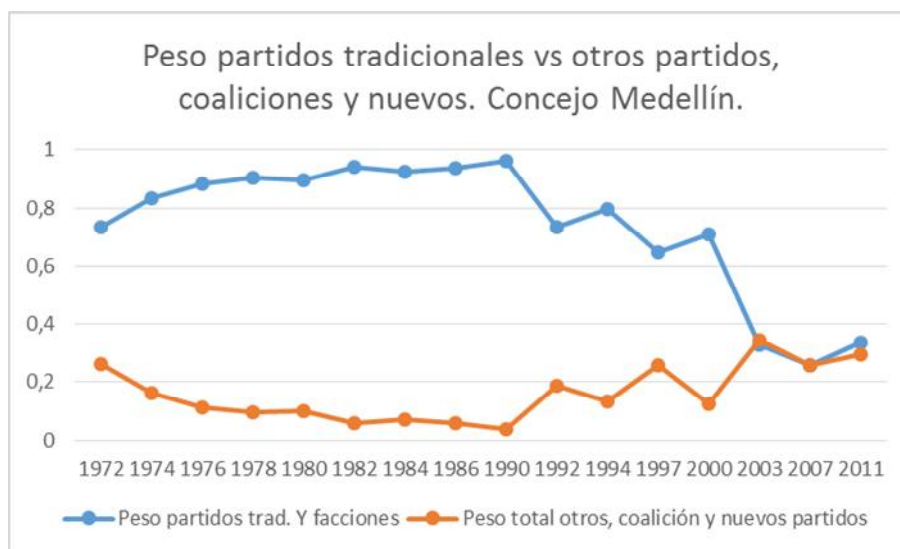
Graficas de peso
Elecciones alcaldía de Medellín



Por su parte, el texto de Arenas y Escobar (2012) pretende mostrar de qué manera la década de los noventa se constituyó en un período importante para entender el posterior “reacomodamiento del sistema de partidos” en lo local. Para tal propósito, se plantea un análisis de las estrategias organizativas con fines electorales de las expresiones locales de los partidos liberal y conservador, de los niveles de fraccionamiento alcanzados por ambas colectividades en este período y de la dinámica electoral de la ciudad. Las continuidades y cambios que vivió la ciudad en este período permiten entender la permanencia en aquella década de los tradicionales pero igualmente, la aparición dispersa y fragmentada de alternativas al bipartidismo que sólo tendrán juego político en la década posterior, hasta ocupar el primer cargo político de la ciudad.

Los autores sostienen que, si bien se dio una suerte de reordenamiento del sistema de partidos local, los partidos tradicionales continúan teniendo una parte importante de los escaños del Concejo y amplias posibilidades de disputar el poder ejecutivo local (Arenas y Escobar, 2012).

Gráficas de peso
Elecciones Concejo de Medellín



Las diferencias en la manera en que se dio el cambio político en ambas ciudades –Bogotá y Medellín- son evidentes. Primero porque la transformación en Medellín se presentó de manera tardía, comparado con lo que había pasado una década atrás en la capital y en otras ciudades grandes e intermedias. Segundo, porque los tradicionales en Medellín siguen teniendo juego y posibilidades reales, como lo demostraron los comicios de 2011, mientras en Bogotá dejaron de tener peso electoral en la disputa por la alcaldía. Es interesante señalar finalmente una importante coincidencia: en ambas ciudades las dinámicas electorales para alcalde difieren de las de Concejo, como lo dejan ver algunos estudios (García 2002, Arenas y Escobar 2000, Pizano 2002, Gutiérrez 2005).

3.2 Antipolíticos, cívicos, independientes y algo más.

Desde los años ochenta y con mucha más fuerza a partir del proceso que condujo a la Constitución Política de 1991, el lenguaje político de la época estuvo dominado por las alusiones a lo cívico, lo independiente y lo anti político. Para entonces, la novedad y el desconocimiento de los términos hacía que la respuesta a la pregunta por el significado de dichos términos fuera por la vía negativa: ser antipolítico, cívico o independiente era todo aquello que no fuera liberal ni conservador, aquello que no podía ser bipartidista. Esto por supuesto decía algo pero no explicaba satisfactoriamente el fenómeno:

...la idea de renovación se asoció con la desvinculación bipartidista, lo cual supuso dos cosas. En primer lugar, la generalización de un discurso político en el cual lo “independiente” se define de manera negativa. Es decir, “independiente” es todo aquello que no es liberal ni conservador. [...]Sin embargo, desde este momento la “independencia” fue tomando fuerza como una arenga vacía pero no silenciosa que, al tiempo que carece de significado objetivo y no nos dice lo que el político es, se vitaliza cuando los políticos (partidistas o no, nacionales o locales), afirman no ser o no haber salido de la congregación liberal o de la conservadora (Pizano, 2002: 50)

El caso más notorio y sonoro de esa manifestación ha sido sin duda el de Bogotá. La llegada en 1994 de Antanas Mockus a la alcaldía de la ciudad, se convirtió en el fenómeno para ejemplificar el triunfo de los nuevos, del antipolítico, y para argumentar que un nuevo tipo de votante y una nueva forma de hacer política habían hecho su aparición en el país o, al menos, en las grandes ciudades.

Algunos estudios para Bogotá (Sonia Peña, 1995) sugieren que el proceso político electoral para Alcaldía, al menos en 1994, privilegió formas antipartido, centradas en el carisma y discurso del candidato. Otros insisten en la separación tajante entre el tipo de discurso –antipolítico, antipartidista, hacia la opinión-y las prácticas proselitistas necesarias para ganar la alcaldía Mayor,

por un lado, y las actividades proselitistas necesarias para conquistar las mayorías en el Concejo y en las JAL, por el otro (PNUD, 2008)

El entusiasmo postconstitucional cívico e independiente que ejemplificaba Bogotá, dejaba ver, empero, otra contradicción importante del momento que radicaba en que la sociedad y la política parecían transitar por caminos distintos.

Pero nuestra orgía cívica desnudó una tensión entre dos niveles del discurso. En términos de la vida cotidiana, más asociado a lo cívico y a lo urbano entendidos en su forma más convencional, Bogotá aparecía como emblema del atraso y de lo que no debería ser una ciudad. Entre los muchos pecados que se le podían achacar estaban la falta de sentido de pertenencia, el desorden, la incuria, la suciedad, la irracionalidad. En el plano político, en cambio, la capital era y es el símbolo de la independencia de espíritu, del “voto de opinión” (es decir, de aquel que no estaba condicionado por dependencias clientelistas), de la capacidad de cambio (Gutiérrez, 1998: 34)

Es importante señalar que justamente la llegada de Mockus, un antipolítico prototipo casi en todo, excepto en que a diferencia de sus homólogos de ciudades intermedias no denunció el bipartidismo (Gutiérrez, 1996: 84), contribuyó a cambiar el significado de la noción de lo cívico que desde entonces no se asociaría tanto a las ideas de participación y protesta, característica de los años setenta y ochenta, y a que se cerrara significativamente la brecha señalada. Lo cívico se asociaría en adelante a la posibilidad de vivir mejor en comunidad y el discurso y las acciones, sintetizadas en una suerte de “giro pedagógico”, estaban direccionados hacia ese fin.

En el caso de Medellín no se presentó algo similar en la década de los noventa. Lo “cívico”, que funcionó mas como una etiqueta, constituyó el antecedente, en la política local, de la idea del “alcalde–gerente”. Con esta idea, que tuvo mucha difusión en el país desde la primera Elección Popular de Alcaldes (Santana, 1988), se velaba el vínculo partidista con el fin de atraer el apoyo de los más diversos grupos de la sociedad, de otras organizaciones políticas o, incluso, de sectores abiertamente críticos con los partidos tradicionales. Lo “cívico”, expresaba en parte la crítica a los políticos por su distanciamiento de los problemas específicos de las localidades y retomaba la imagen de un líder

idealizado por su compromiso directo con la comunidad, del buen vecino. Sugería adicionalmente un punto intermedio entre la imagen del político y la idea de “gerente” que se impondría con mayor fuerza con el paso de los procesos electorales de 1990,92 y 94 (Arenas y Escobar, 2000).

Es en el uso de categorías como lo “cívico” o lo independiente, donde se demuestra la manera en que la vieja política y el clientelismo aprendieron a hacer suya la terminología constitucional, incluso con mayor éxito electoral que aquellos que realmente lo eran y que no tuvieron en Medellín ni los recursos ni la imaginación necesaria para posicionar un sello propio.

Habría que esperar hasta la década siguiente para presenciar la aparición en la ciudad de formas políticas nuevas y exitosas, con discursos y prácticas que comenzaron a posicionar una impronta no tradicional (incluso antitradicional), aunque no decididamente antipolítica:

Nosotros, ciudadanos y organizaciones de Medellín, de diversas procedencias, interesados y comprometidos con la construcción y preservación del bien común, preocupados por el creciente deterioro de la gestión pública, por la tendencia al envilecimiento de la actividad política, por la violencia y, en general, por el acelerado retroceso en la calidad de vida, hemos decidido organizarnos en un movimiento político ciudadano, independiente de los partidos tradicionales y de los actores armados, que hemos denominado Compromiso Ciudadano (Fajardo, 2000 citado en Arenas y Escobar, 2012)

La consigna programática del movimiento Compromiso Ciudadano tenía una estructura discursiva relativamente sencilla:

1) Declaraba un origen ciudadano, independiente y pluralista; 2) Proponía un diagnóstico, subrayando el envilecimiento de la política y el deterioro de la calidad de vida por la violencia; 3) Identificaba unos agentes responsables: los partidos tradicionales y los actores armados, frente a los cuales el movimiento declaraba su “independencia”, es decir, por fuera de las responsabilidades directas de la crisis de la ciudad. Todo esto se vio reforzado a través de la actividad desarrollada por Fajardo, un líder carismático que además supo utilizar su faceta como columnista y figura en diversos medios de comunicación local, lo que potenció su visibilidad (Arenas y Escobar, 2012)

Construir la imagen de “independiente” no implicaba, en el caso de Fajardo y su movimiento, ubicarse por fuera de la política, sino que sugería la posibilidad

de “corregir” cierto alejamiento de los ciudadanos frente a ésta, a causa de su desprestigio. Esto implicaba ensayar una vía distinta a la del “antipolítico” para enfrentar el malestar de los ciudadanos con sus dirigentes y colocar en el centro la idea de “recuperar la dignidad” de la política.

Estas características resaltan una de las diferencias entre Fajardo y otros *outsider*, en la medida que su gobierno no estuvo basado en una oposición con el Concejo, como en la primera etapa del alcalde Mockus en 1994, sino que arrancó con cooperaciones y aprendizajes mutuos, valga decir, el alcalde comenzó su gestión reconociendo la importancia de la experiencia acumulada por aquellos políticos locales que llevaban varios períodos en la Corporación y éstos a su vez no plantearon una oposición cerrada a las propuestas de la Administración, sino que, con expectativas relativamente abiertas, se dejaron contagiar por los principios de eficacia y publicidad de las gestiones (Arenas y Escobar, 2012)

Algunos rasgos permiten establecer, además de las diferencias marcadas, puntos de encuentro entre los procesos de ambas ciudades, centrados sobre todo en el carácter no radical de los dos políticos más reconocidos, lo que establece diferencias importantes con los procesos de líderes de otros paises.

Conclusión

Cada ciudad ha experimentado, a su manera, el cambio político. En Bogotá el nuevo lenguaje caló prontamente entre buena parte del electorado, sectores importantes de la academia y algunos personajes que venían de allí, de otros sectores de la sociedad o de la política misma, incluso de la tradicional, y que entendieron el “espíritu de la época” o lograron adaptarse a él y generar cambios importantes y sostenidos en la ciudad. El dominio electoral de las opciones no bipartidistas, y claramente de la izquierda desde el año 2003 en la alcaldía de la capital, parece corroborar la tendencia según la cual en Bogotá, al menos en el ejecutivo, los tradicionales difícilmente volverían a tener juego.

En Medellín, los tradicionales se adaptaron mas fácilmente a los nuevos tiempos, conjugaron de mejor forma el nuevo lenguaje, se vistieron con nuevos

ropajes y formas, que por supuesto fueron combinadas con las maneras conocidas de hacer política y, pese a que el cambio llegó tardíamente, mantuvieron altas posibilidades de retorno.

Cabe, no obstante, la posibilidad de señalar algunas similitudes entre las dos ciudades y sus procesos políticos. La más importante es, sin duda, la existencia tanto en Bogotá como en Medellín, en momentos distintos, de nuevos partidos y políticos que derrotaron la clase política tradicional, con formas diferentes de llegarle al electorado y con líderes políticos que dieron el salto a la política nacional y hoy son reconocidos en ella. Adicionalmente, con líderes que coincidían en un estilo fresco y distinto que basaron su accionar en propuestas concretas de planeación y reforma urbana, descuidando probablemente proyectos políticos colectivos de más largo aliento.

BIBLIOGRAFÍA:

1. Arenas Gómez, J. C., & Escobar Escobar, J. C. (2012). *Elecciones, partidos y política local*. Medellín: Universidad de Medellín; Instituto de Estudios Políticos. En prensa.
2. Barnea, Shlomit & Gideon Rahat (2010) 'Out with the old, in with the "new": What constitutes a new party? *Party Politics* 17: 303-320.
3. Barreto Rozo, Antonio (2010). El voto de opinión en Bogotá: una mirada crítica. *Análisis Político* No 69, Bogotá, mayo-agosto, págs. 67-78.
4. Botero, Camila (1998) Elecciones en Bogotá, 1997. en: Bejarano, Ana María y Andrés Dávila (compiladores) (1988). *Elecciones y Democracia en Colombia 1997-1998*. Bogotá, Fundación Social-Departamento de Ciencia Política (Universidad de los Andes)-Veeduría Ciudadana a la Elección Presidencial.
5. Boudon, Lawrence (2000) Party system desinstitutionalization. The 1997-98. Colombian Elections in Historical Perspectives. *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* 42 (3): 33-57.
6. García Sánchez, Miguel. (2002) *La política bogotana, un espacio en recomposición (1982-2001)* En: Gutiérrez Sanín (compilador). *Degradación o cambio. Evolución del sistema político colombiano*. Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales - Editorial Norma.
7. Gidengil, Elisabeth, André Blais, Neil Nevitte and Richard Nadeau (2001) The correlates and consequences of anti-partyism in the 1997 Canadian election *Party Politics* 7: 491-513.
8. Gutiérrez Sanín, Francisco (1995) Tendencias de cambio en el sistema de partidos: el caso de Bogotá. *Análisis Político* 24:73-82. Bogotá. 106-125.
9. Gutiérrez Sanín, Francisco (2006) Estrenando sistema de partidos. *Análisis Político*. Vol 19 No 57. Bogotá. Pp 106-125.

10. Gutiérrez Sanín, Francisco (2007). *¿Lo que el viento se llevó? Los partidos políticos y la democracia en Colombia. 1958-2002*. Bogotá: Norma.
11. Guzmán, Tania. (2005). El deterioro de los partidos como vía de transformación del Concejo de Bogotá entre 1970 y 2000. En: Estudios Políticos No. 27. Medellín, julio-diciembre 169-198.
12. Kenney, Charles D. (2003) The death and rebirth of a party system, Peru 1978-2001 *Comparative Political Studies*, 36 (10): 1210-1239.
13. Keren, Michael (2000) Political Perfectionism and the 'Anti-System' Party *Party Politics* 6: 107-116.
14. Laakso, M., & Taagepera, R. (1979). Effective number of parties: A measure with application to West Europe. *Comparative Political Studies*, 12 (1), 3-27.
15. Leal Buitrago, Francisco [et al.] (1990) Al filo del caos: crisis política en la Colombia de los años 80. Francisco Leal Buitrago y León Zamosc, editores. Bobota, IEPRI, Tercer Mundo Editores.
16. Leal Buitrago, Francisco (1988) Democracia oligárquica y rearticulación de la sociedad civil: el caso colombiano. En: Pensamiento Iberoamericano, número 14, julio-diciembre.
17. Mainwaring, Scott and Timothy R. Scully (1995). Building democratic institutions. Party system in Latin America. Stanford; Stanford University Press.
18. Peña, Sonia Lucía. (1995) Rito y Símbolo en la campaña para la alcaldía de Bogotá. En Análisis Político No. 24 ene/abril.
19. Pizano, Lariza (2002) Reflexiones sobre las decisiones electorales de los bogotanos. En: Análisis Político, No 45, Bogotá: IEPRI. Pp. 44-57.
20. PNUD (2008) Bogotá. Una apuesta por Colombia. Informe de Desarrollo Humano para Bogotá.
21. Reina, Alex. (2008) *Compromiso ciudadano: de fenómeno político de opinión a movimiento político. Ecos de las reformas y los resultados electorales (Medellín 2002-2007)*. Primer Congreso de Ciencia Política, Bogotá, Análisis Político No 45. Enero-abril.
22. Santana, Pedro (1988) Los Movimientos cívicos: el nuevo fenómeno electoral. Revista Foro No. 6 junio de. Bogotá.
23. Sartori, G. (1976) Parties and party systems. A framework for analysis. Cambridge, Cambridge University Press.
24. Torcal, Mariano, Montero, José Ramón y Gunther, Richard. (2007) Los sentimientos antipartidistas en el sur de Europa En: Partidos Políticos. Viejos y nuevos conceptos. Editado por José Ramón Montero y otros. Madrid: Editorial Trotta.